

Emmy Hennings. *La Prisión Dadá*

“Me voy a casa pronto por la mañana. El reloj marca las cinco, ya se hace de día, pero aún está encendida la luz en el hotel. El cabaret por fin ha cerrado”.

El 5 de febrero de 1916, Emmy Hennings (1885-1948) funda el Cabaret Voltaire, punto de encuentro y de partida, del Dadaísmo, de artistas y exiliados. Del antiarte y de la bohemia, de la música y la poesía.

Fue primero Emma Maria Cordsen, antes de tomar el apellido de su primer marido Joseph Paul Hennings. Artista, escritora y *performer*, encabeza un capítulo de la *Herstory* del periodo de vanguardias y, en su defensa, se la incluye en el grupo Mujeres Dadá, cuando se la debería comprender en el a priori desprovisto de sexo y género Grupo de Zurich. O Dadaísmo, sin más.

Tras el filtro de una historiografía androcéntrica, se descubre una obra y un discurso creativo enérgicos, donde se encuentran la transgresión y la espiritualidad. Una artista multidisciplinar, de las primeras, una líder. De muy joven, viajó a lo largo del continente europeo actuando en teatros y cabarets, iniciándose en el vodevil y ofreciendo recitales de lo que hoy llamamos *Spoken Word*. En Munich, se convierte en habitual del Cabaret Simplizissimus, donde conoce a su marido Hugo Ball. Juntos se mudarán a Zurich, escribiendo uno de los grandes episodios del *avant-garde* de principios del siglo XX.

La obra literaria de Hennings, una parte publicada previa a su matrimonio y a su estancia en Zurich, se aleja, sin embargo, de las instrucciones que Tristan Tzara vuelca en el Manifiesto Dadaísta. No obstante, es más cercana al Expresionismo o al Romanticismo alemán. La muerte siempre presente, la pasión, la noche, el desencanto, la corporalidad, obsesiones que se suceden entre sus versos a modo de tormenta silenciada por un amor, por un contexto sociohistórico y, a mi parecer, por una condición de género.

Sobre Hennings se encuentra escasa bibliografía, apenas desligada de un sesgo patriarcal, lo que acentúa el misticismo en el que se inscribe su obra, coloreada por algunos supuestos episodios oscuros tales como su adicción a la morfina, el ejercicio circunstancial de la prostitución o algunos periodos en la cárcel.

*Cárcel* o *Prisión* es precisamente el título de uno de sus libros de prosa autobiográfica. La artista entona un canto trasnochado a la libertad. “El mundo yace allí fuera, donde la vida ruge. A los hombres se les permite ir a donde quieran. Una vez nosotras también les pertenecemos”. Además de una mirada melancólica entre rejas, *Prisión* puede leerse desde una perspectiva de género, una voz en un contexto dominado por los hombres, una reflexión acerca de su condición femenina y su identidad. Si el Dadaísmo rechazaba un orden político, social y artístico establecido, no es de extrañar que Hennings se rebelara también contra un orden patriarcal, inyectando ese credo en su lenguaje poético. Asimismo, continúa “Solo la muerte está en nuestra mano. La libertad nadie nos la puede quitar. Para ir a la tierra desconocida”, pudiéndose referir con esto último a la muerte, o quizás a la intelectualidad, a la vida pública, al Dadaísmo. El texto, por tanto, incorpora esa lectura feminista, la de un alegato a la libertad y a la igualdad, de alguien que se encuentra entre rejas físicas y sociales.

Esa sensibilidad femenina se deja entrever en gran parte de sus poemas, sino en todos. Poemas nocturnos, en blanco y negro, que hablan de tumbas, de noches inquietas, de putas con rizos salvajes, de calles mojadas y vacías, de dolor. “Presiono espinas en mi corazón / y mantengo la calma en silencio / y lamentar quiero cada punzada / porque así lo quiero”, finaliza la tercera composición de su poemario *Die letzte Freude* (*La última alegría*).

Un siglo nos aleja de las crónicas de aquellas noches en Suiza, en las que una se puede imaginar a una Emmy Hennings *outsider* cantando y bailando chalada sobre el escenario del Cabaret Voltaire, puesta de morfina, con su pequeño corte de pelo.

Por Magda Albis